

«CANCIONERO DE SAGRES» DE ANTONIO PEREIRA

Por Cristina LACASA

«Traer no un documento,
sólo una música».
(Aproximación a Cocteau).

BAJO ese lema se abre el libro de Antonio Pereira, divisa que parece presidir su poesía, al menos en el presente volumen. Es, pues, la suya una poesía sugeridora, musical, llena de

evocaciones y nada cortante. Ni grito ni filo dispuestos a herir, sino cálido canto entre dos luces, deseando ofrecer hermosamente «la luz y el aire» pero con un ruego de intimidad:

«No cedáis más las íntimas alcobas
donde la ropa huele a vuestros sueños!»

Todo el oro del mundo, y no se paga
el rubor con que miran los retratos».

Canta al paisaje y al hombre del paisaje, sin queja, sin arañazo, en una aceptación serena, acaso producto

de madurez interior, de lo que es, niebla y paloma, «duro laboreo» y «ascensión de carrozas».

«No todo es niebla o frío clamoroso
en el límite gris de las coronas
que rematan la tierra. Ni la espera
ni el duro laboreo se prolongan
más allá de la fuerza de los hombres:
Aprieta Dios, pero no ahoga».

«...Y los hombres en corro levantando
una Virgen pequeña, una esperanza
suficiente:

Tregua de unas horas
para sentirse rico en las alturas,
para soñarse libre en el estallo
sin plomo de la pólvora».

El hombre estampa y transmite de su tierra, pastor, segador, curtidor o alfarero; el hombre-símbolo de los viejos oficios creadores,

sobre un paisaje hermano: el de Portugal. Y sobre éste una afirmación, o más bien un desmentir algo que se ha dicho:

«No creas si te dicen,
mi amor,
que Portugal es pobre,
que no».

«Siete calles de espejos,
mi amor,
donde comprar la luna
y el sol».

«Que Portugal no es pobre,
que no es pobre,
que no».

Es éste el tercer libro de poemas que publica Antonio Pereira, leonés, (nacido en Villafranca del Bierzo). Antes habían visto la luz «El regreso» (colección Adonais) y «Del monte y los caminos» (colección «El Barco»). El presente volumen ha salido a la calle bajo los auspicios de la colección «Arboles» que dirige en Madrid, Luis López Anglada, quien en la solapa del libro nos dice que A. Pereira cultiva una poesía honda y serena, casi siempre encauzada dentro de formas sobrias pero cuidadas con rigor. A veces abiertamente, a veces de manera sutil, el poeta va dejando a lo largo de toda su obra una preocupación por los demás hombres, y así en ella lo ético y lo estético conviven armoniosamente.

Esta apreciación nos parece muy bien resumida y exacta.

Antonio Pereira posee el

«Yo por la carretera con mi mundo.
el tren rodando su refrán del hierro.
Ahora compartiremos el paisaje.
Cedo la prisa,
me desacelero».

El poeta gusta de meditar junto a los ríos, esos ríos eternos de Jorge Manrique, cualquiera que sea su nombre, y con ese sosiego melancólico, saudade que nos desgarrar dulcemente, amorosamente, sin una sola dentellada sangrienta, evoca y convoca sombras, palabras, pálpitos que llenaron el precioso cofre de la amistad:



BIBLIOGRAFIA PARA PADRES Y EDUCADORES

«Desarrollo psicológico del niño» de Elizabeth B. Hurlock, edición del Castillo, S. A. Madrid.

Voluminosa obra de 224 páginas con edición castellana de 1966, muy interesante, sobre todo para maestros y también para los padres.

Trata de los problemas de desarrollo, adaptación, juegos, intereses de la infancia, relaciones familiares, etc.

Su autora es doctora de la Universidad de Colombia y pertenece a su cuadro docente en los departamentos de Psicología y Educación.

Sus profundos conocimientos psicológicos y pedagógicos unidos a su sensibilidad e intuición femenina le hacen captar amorosamente, como madre, la realidad del niño.

La traducción y adaptación española es excelente.

M. ARAMENDIA

BOUTIQUE 'FERROT'
INFANTIL
Rambla Aragón, 19
(chafan Comandante Balget)

CONFIEEN SUS FOTOS
COLOR - REGALAMOS
OTRO ROLLO IGUAL Y
UNA AMPLIACION 13 x 18
establecimientos
SIRERA

Librería Técnica

ANNE - SERGE GOLON
ANGELICA Y SU AMOR
c/ Magdalena, 23. Tel. 21 44 41
LERIDA

«Ramón, te debo carta. Sobre todo cada vez que envejezco junto a un río. Miro pasar el agua y es tu rastro de yedra lo que miro.

El nombre... qué más dá. Un día el Arno que encadena tercetos florentinos; Duero de don Antonio; este Mondego del hoy donde te escribo...»

«Al agua clara yo no le conozco un hermano más fiel y parecido que tú, Ramón. Y el agua, ¡qué contenta de ser como tú has sido!».

«Y soñabas de pronto coceduras de blanco pan caliente y repartido. Para todos los hombres, para darlo por pueblos y caminos».

«Lo que entonces de Dios nos preguntábamos... ya lo tienes sabido».

«...tu verso aquel... del río que no vuelve, ya lo cantan los niños».

Inquietud ética-estética, como bien dice Luis López Anglada, en la voz de Antonio Pereira, en servicio del hombre y su paisaje, que, al fin y al cabo, van unidos. Y Lisboa, cáliz y resumen de Portugal, hiriéndole con su hermosura:

«Gozos para llegar a Lisboa».

«Como inclinarse a un libro que conserva una flor apresada entre las hojas

como alargar los brazos hacia un cuerpo de mujer sin saber cómo es tañido

como engendrar un hijo oscuramente del que sólo su nombre resplandece...»

«...casi como encontrar a Dios de cara y no acertar temblando el buenos días»

así es entrar novicio en la hermosura de la ciudad que peña el sol reciente»

Los poetas, nos dirá Pereira, «nacen en feligresías apartadas» y «una imprenta compone su saudade personal».

«...Hasta un día en que tocan con la mano el pecho de otro hombre, tan duro y contrincante de la niebla, y es una chispa roja lo que salta, la poesía necesaria».

El poeta ha encontrado el «tú» y su «saudade personal» es trascendida y entonces puede decir estremecido de gozo al palpar al hermano, el ser humano, alfarero o tipógrafo, «aspirante al turno sudoroso de los días»:

«Sois vosotros lo bello, hombres de los metales con los ojos cansados, muchachas del telar, delgados aspirantes al turno sudoroso de los días, que cada noche os apretáis en torno de una bandera clara donde cuelga la amistad sus corbatas de colores.

Este himno os debía. Si no vale la voz de un hombre solo, hacedme sitio para que cante, hermano, con vosotros».

Es un libro bello, maduro, humano. Hay un poema-fado dedicado a la limpiadora, que en su escueta brevedad tiene una gran belleza. Y que no me resisto a transcribir íntegro:

«A las seis de la mañana
fregar el Banco.
Todo de mármol.

A las diez de la mañana
fregar la iglesia.
Toda de piedra.

A la siesta son los patios
de las señoras.
Todos de losas.

Al anochecer la esperan
largos pasillos.
Todos ladrillos.

Cuando se rinde en el sueño
un ángel le hace caricias
en las rodillas».